

Día de Todos los Santos y Santas

Vigésimo segundo Domingo después de Pentecostés Propio 26

Noviembre 1, 2020

Año A RCL

Revelación 7:9–17; Salmo 34:1–10, 22; San Mateo 5:1–12

“El los guiará a manantiales de aguas de vida.”

Por: El Rev. Padre. Fabian Villalobos

Hoy celebramos la santidad de Dios manifestada y encarnada en personas de diferentes culturas, estilos de vida, estatus social, tradiciones religiosas, etc.

En hombres y mujeres, que a lo largo de los tiempos han vivido su vida cristiana de manera virtuosa y piadosa hasta el punto de convertirse en ejemplos para otros cristianos.

La santidad no es una doctrina nueva, “ser santos” ya estaba presente en los requerimientos de Dios al pueblo de Israel. Por ejemplo, la semana pasada en la primera lectura del libro de Levítico, escuchábamos: " Sean ustedes santos, pues yo, el Señor su Dios, soy santo."

Esta petición de ser “santos” necesita ser interpretada como un deseo e invitación a entrar en una comunión más profunda y perfecta con Dios hasta el punto de experimentar su santidad y perfección. En el Día de Todos los Santos y Santas, recordamos a quienes nos precedieron en la fe, tanto a los conocidos como a los desconocidos cuya fe y virtudes solo Dios conoce. Lo que estos dos grupos (santos conocidos y desconocidos) de creyentes tienen en común es su fidelidad y compromiso de poner a Dios primero en sus vidas todo el tiempo. Cada santo y santa es reconocido por el amor extremo y la relación leal que tiene con la Santísima Trinidad.

Los santos y santas que celebramos y reconocemos hoy son imitadores de Jesús que vivieron su humanidad en plenitud con la capacidad de permitir que la gracia de Dios transformara sus vidas en tabernáculos vivientes y se convirtieron entonces en portadores de la presencia de Jesús para los demás.

La santidad es una invitación que Dios extiende a todos sus hijos e hijas sin excepción. Recibimos esta llamada el día de nuestro Bautismo, la gracia de Dios está obrando desde ese momento y trabaja durante toda nuestra vida, pero como cualquier otra invitación requiere aceptación y participación.

Al celebrar a los santos, conmemoramos a hombres y mujeres del pasado, presente y futuro que responden a la invitación de Dios. Ellos fueron, son y

serán todos diferentes. El libro litúrgico, “Hombres Santos y Mujeres Santas” de nuestra Iglesia Episcopal se refiere a ellos de esta manera:

“Ellos son expresión de las muchas y diversas formas en las que Cristo, a través de la agencia del Espíritu Santo, ha estado presente en la vida de hombres y mujeres a través de los siglos, así como Cristo continúa estando presente en nuestros días.” Hombres Santos y Mujeres Santos, Prólogo VII

La “comunidad de los santos” que profesamos en los Credos incluye igualmente a los santos y a los fieles difuntos. Ambos grupos están en la presencia de Dios en una dimensión diferente a nuestra fisicalidad y contingencia. Hoy, al celebrar su presencia, entramos en la comunidad de los santos y entendemos que estamos unidos y conectados con ellos como una sola familia con Dios como Padre tanto en la vida como en la muerte.

Esta comunidad de los santos es una comunidad numerosa y bien diversa de servidores que dan prioridad a Dios. Como escuchamos en la primera lectura del Apocalipsis, ellos son parte de la " gran multitud de todas las naciones, razas, lenguas y pueblos. Estaban en pie delante del trono y delante del Cordero, y eran tantos que nadie podía contarlos. Iban vestidos de blanco y llevaban palmas en las manos."

Este grupo de personas, eran personas normales como usted y como yo, lo que los hace especiales es que amaron tanto a Dios que eligieron vivir fielmente su vida de acuerdo con el Evangelio y sus valores. Ellos optaron por la obediencia extrema imitando a Jesús; fueron generosos en sus vidas y se entregaron en amor por los demás. Ellos aprendieron a confiar en Dios en todas las circunstancias y vivieron su vida cristiana hasta el final todo el tiempo.

La perfección de su vida cristiana hoy es un ejemplo y un estímulo para nosotros y los demás creyentes. La santidad y la integridad a la que Dios nos llama es entonces posible y el resultado de llevar la cruz hasta el final.

Nosotros, como cualquier otro creyente, necesitamos pasar por la "gran tribulación." Solo cuando lavamos nuestro manto bautismal en la sangre del Cordero y lo volvemos blanco de nuevo, podemos ser contados entre la gran multitud de los huéspedes celestiales.

Mientras tanto, en el día a día cada uno de nosotros debe aceptar y recibir seriamente la invitación contracultural y única a participar en la santidad de Dios sabiendo que en las bienaventuranzas que escuchamos hoy en el Evangelio en el Sermón del Monte, Jesús muestra un camino claro para participar plenamente en la santidad de Dios y tener lugar en la comunión de los santos.

A medida que usted continúa en su camino cristiano, recuerde que en su bautismo recibió una invitación que requiere una respuesta diaria a Dios. Tome a los santos y las santas como compañeros y ejemplos, haga todo lo que esté en su poder para ser fiel a Dios y permita que su gracia y amor lo (a) transforme cada día de tu vida. Amén.